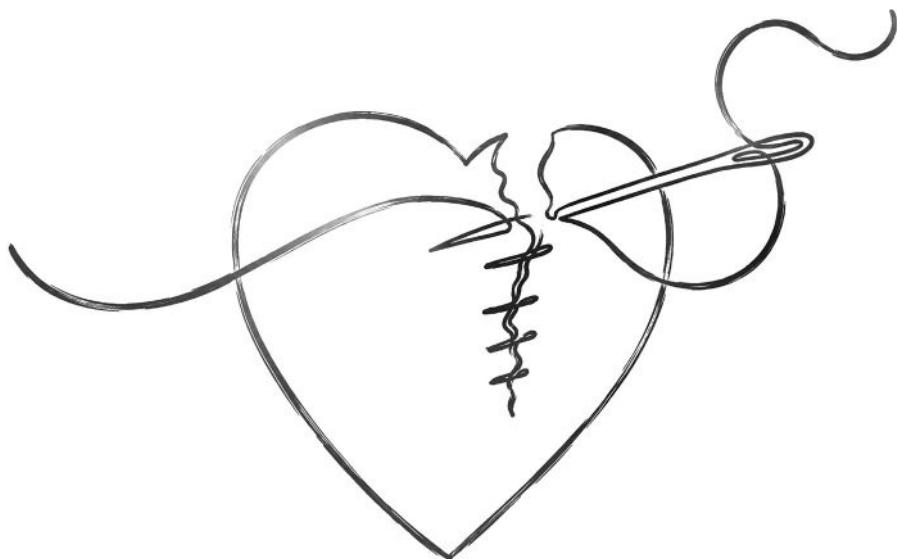


Rayo Guzmán

CUANDO LOS HIJOS LASTIMAN



 Parenting

PRÓLOGO

por Tere Díaz Sendra

Recuerdo, hace treinta y mucho tiempo, a mi hijo mayor —de 9 años en ese entonces—, entrar enojado a mi habitación tras haberle llamado la atención por burlarse de uno de sus hermanos, verme a los ojos, y decirme muy serio: “Dentro de mi cabeza, estoy pensando palabras horribles de ti”. Yo, con la misma seriedad, me incorporé y le contesté: “Puedes pensar lo que quieras, pero déjalo en tu cabeza. No me lo vayas a decir”. Un rato después, me acerqué a él y, sin preguntarle qué era lo que pensaba, le pregunté cómo se sentía. Lo escuché, revisamos esa *maraña* emocional que lo conflictuaba —una revoltura de enojo, culpa, y miedo—. Tras acompañarlo a entender sus sentimien-

tos, buscamos juntos salidas para aliviar su malestar y manejarse mejor:

Soy madre de cuatro hijos varones, hoy adultos autónomos. Los cuatro fueron hiperactivos, hipersensibles y, de distintas maneras, hiperretadores. Yo, viniendo de una familia de cuatro hermanas obedientes, con padres sobreexigentes, no quise repetir patrones e intenté hacer algo diferente cuando me convertí en mamá. La cosa marchaba bien, pero mi divorcio, la fulgurante adolescencia de los cuatro, junto con el abandono de su padre, dejaron a mi familia vulnerable. Me recuerdo trabajando, estudiando, sobreviviendo, disciplinando y, en medio de una línea delgada que puede llevarte del amor a la sobreprotección, del amor a la desesperación, al desencanto y al agotamiento, incluso al enojo y al rechazo, remaba mi lancha buscando llevar a mis hijos a buen puerto mediante estrategias, terapias, lecturas, consejos y acciones eficaces para que no se hundieran en nuestro navegar.

Como terapeuta familiar y de pareja, y tras años de recomendar el libro de Rayo Guzmán, *Cuando mamá lastima*, recibo la invitación a prologar este nuevo texto suyo: *Cuando los hijos lastiman*. ¡Gracias! En mi trabajo clínico, no dejo nunca de sentir una empatía sincera, un cuestionamiento profundo y un deseo imperioso de lanzar sermones cuando mamás y papás se acercan a mi consultorio a pedir ayuda porque uno de sus hijos “se ha salido del carril”. Creo que para con los hijos, más aún para con aquellos que se muestran complejos y desafiantes, se experimentan los sentimientos más intensos, más ambivalentes y, en ocasiones, más contradictorios que se pueden sentir al maternar y paternar: amor, culpa, temor, rabia, decepción, tristeza, res-

ponsabilidad, incluso odio. Amar a un hijo nunca se vislumbra, en sus inicios, así.

Pero sí, existen, y muchos los saben, hijos ingratos, abusivos, maltratadores, mentirosos, manipuladores, incluso perversos. Quizá la exagerada “promoción romantizada” del amor hacia un hijo —como incondicionalidad absoluta, necesidad de entrega total, perdón permanente, con satisfacción constante a la par—, desvirtúan realidades complejas y dolorosas con los desenlaces que leemos en los relatos que se nos presentan aquí.

La diversidad de historias que Guzmán relata a través de veinte casos que tocan distintas realidades con puntos de convergencia y también circunstancias diferentes, relatan —sin juicio, sin sermones, sin soluciones banales—, lo que es vivir con un hijo que lastima. No hay un relato igual y cada uno abarca una variedad de situaciones, condicionantes, omisiones, buenas intenciones, puntos ciegos y ciertas certezas que se van deduciendo entre líneas y nos ponen como observadores de lo que los padres y las madres piensan, sienten y hacen para encontrar, a cada caso, alguna solución.

Del mismo modo, la lectura de esta obra va develando —tanto a través de claras descripciones de hechos concretos y lastimosos, como de supuestos, creencias y deseos paternos— factores que se van conjuntando para derivar en hijos con conductas destructivas, tóxicas y lastimosas, así como en las consecuencias inamovibles y los dolores profundos que conllevan desenlaces así. Con toda y esta claridad, Guzmán no da respuestas únicas ni contundentes, deja al lector la tarea de adentrarse en el mundo de la complejidad y el dolor que cada historia presenta.

No creo equivocarme si afirmo que cada uno de los casos “es un mundo”, y que la mezcla de factores genéticos, neurobiología, estilos de crianzas, ignorancia, condiciones ambientales y culturales —abuso de sustancias, premisas de género, presión social, desigualdad, marginalidad—, historias transgeneracionales con sus secretos, duelos no elaborados, traumas, permisos implícitos, silencios que se heredan, sin descartar un porcentaje de azar, van gestando “la crónica de un **hijo que lastima** anunciada”. Por eso, reducir cualquiera de estos relatos a frases tipo “es que tú lo consentiste” o “es que ese niño salió mal” son simplificaciones cargadas de ceguera social, analfabetismo emocional y falta de reflexión, discernimiento y compasión.

Recorriendo estas páginas, no se puede dejar de pensar “cuánta distorsión, cuánta desinformación, cuánto dolor”. Pero es fácil sentirlo así desde un lugar de privilegio y muchos años de cometer errores propios. La ignorancia, la buena voluntad, la falta o el exceso de recursos, la distorsión sobre lo que es el amor a los hijos, la vergüenza, la negación, el miedo, conjuntan un ramillete de factores que, agregando alguno que otro factor azaroso o circunstancial, detonan en casos con finales desasosegadores. Y es que el dolor de que un hijo te insulte, te ignore, te manipule, te robe, te agreda o simplemente te borre, el dolor de sentir miedo dentro de tu propia casa, la angustia de preguntarte —en voz baja, con culpa y con vergüenza—: “¿cómo llegamos hasta aquí?”, atrapa a los padres sin llevarlos a pasos concretos para llegar a tiempo y con estrategias eficaces a capotear lo más oportuna y constructivamente cada situación.

Rayo Guzmán, con talento y acuciosidad, se atreve a entrar en ese territorio difícil en el que todo padre y toda madre se

pueden espejear. Los relatos hablan por sí solos; los padres de cada historia van haciendo su propio inventario del proceso —sus causas, sus lamentos, sus omisiones, sus buenas acciones, y su mejor resolución— y con ello nos invitan a la reflexión y al cuestionamiento revelando realidades que, al ser nombradas y miradas a distancia, se reconocen, se pueden afrontar y, en el mejor de los casos, evitar, detener, o aceptar con proactividad.

Las historias familiares son sistémicas en tanto que un cúmulo de variables hacen que se gesten situaciones así. No podemos explicar tanto dolor como consecuencia de una sola causa; lo sistémico es siempre complejo. Nadie se fabrica solo; pero tampoco nadie se salva sin hacerse responsable de lo que le toca hacer.

Mi propia lancha familiar, tras mucho remar, llegó a buen puerto. Los retos siguieron y siguen, pero mi convicción actual hacia mis hijos es: “Esto que hice por ustedes, no lo voy a volver a hacer jamás. Contarán conmigo, pero ahora, desde la orilla, tan solo los puedo acompañar a remar”.

Como padres y madres, culparnos en exceso no repara los daños; la ceguera de lo que acontece no nos permite accionar; la violencia destruye más lo que ya está lastimado; la falta de autodignidad no es buena consejera al educar. Confío en que leer a Rayo Guzmán en *Cuando los hijos lastiman*, nos prevenga de caer en la trampa de pensar que nuestros hijos solo necesitan amor a manos llenas. La lectura de estos relatos nos lleva a darnos cuenta de que los niños también precisan de estructura, límites, consecuencias y verdad.

Sabia es la persona que puede abrazar cada vez más realidad. Que las realidades aquí compartidas nos permitan abrazar a nuestros hijos con inteligencia, diligencia, amor, y un remo firme que les enseñe a remar.

PREÁMBULO

*El espíritu infantil no es un vaso que tengamos que llenar,
sino un hogar que debemos calentar.*

Plutarco

Eres mi amor chiquito, mi amuleto, la estrella más luminosa que mis ojos miran. Me haces suspirar al olfatear el aroma de tu cabello, al besar tu mejilla, cuando atrapas mi mano entre tus deditos. Me enternece tu gran asombro ante el vuelo de la mariposa. Me conmueven tus carcajadas inesperadas, me conmociono en cuerpo y alma cuando con tu vocecita me dices “mamá”. Me haces inmensamente feliz, mi pequeña Lucy. También me haces llorar.

Lloro cuando, en berrinche desbordado, te arrojas al piso y gritas sin control. Cuando tu llanto atrae la atención de cono-

cidos y desconocidos que me miran con desaprobación. Intuyo que me califican como “una mala madre, una inepta que no sabe qué hacer con su hija”. Me asustas cuando no obtienes lo que deseas y golpeas con fuerza mis piernas y me miras furiosa. Sufro cuando prefieres los brazos de tu nana que los míos, cuando al regresar del trabajo no identifico en ti una mínima felicidad al verme. Tengo miedo de no ser la madre que anhela tu espíritu. No lograr convertirme en la *rock star* de tu vida. De que un día crezcas, te alejes y te olvides de mí. Eres pequeña e inmensa a la vez, Lucy. Tu infancia determinará mi vida adulta. ¿Lo sabes?

Te amo tanto que temo joderte la vida sin darme cuenta. Jamás imaginé que transformarías por completo la manera en que me miro en el espejo. Ya no soy yo sin ti. Mi vida gira alrededor tuyo. ¿Estoy mal? ¿Debo controlar este amor inmenso y sin límites? Te amo y te gozo, te amo y te sufro. Me regocijas y me dueles a la vez. ¿Es normal? ¿Soy la única madre en el mundo a la que se le ocurren semejantes reflexiones? Maternar nutre, alimenta, enriquece, acaricia, ennoblece, engrandece, trasciende. Maternar desvela, agota, marchita, debilita, atemoriza, agobia, mutila, acorrala. Entre estas disparidades, te amo como a nadie, hija mía.

Te cuido, te protejo, te prometo, te acompaño. Sonrío cada que te pienso. Y en ocasiones lloro. Temo al porvenir porque quizá te configurará diferente a mis expectativas, con valores distintos, otros intereses, otras creencias. Ayer quería comprarte una muñeca, tú elegiste un dinosaurio. Tu determinación al elegir el juguete me restregó la fragilidad de lo que llamo “el

control de tu educación”. ¿Acaso lo tengo? ¿Cuánto tiempo durará el espejismo? ¿Quién aplaudirá para despertarme? Cuando en el parque, de súbito, sueltas mi mano y te echas a correr detrás de una lagartija, me repito que algún día harás lo mismo para perseguir tu destino. Un destino que te pertenece, que no es mío.

Me has confrontado con mis limitaciones, hija. Me atemoriza que me odies al crecer, que un día no me necesites para nada, que no recuerdes con cuánta dicha te cuidé en mi vientre, en la cuna, entre mis brazos. ¿Cuánto dolerá todo eso? ¿Dolerá lo mismo que ahora cuando me miras con enojo o me ignoras porque te obligo a comer y no quieres hacerlo?

Ser tu mamá duele. Dolió tu patada en el vientre, la primera contracción, el parto, la bajada de la leche, el deterioro de mi cuerpo, tu succión en mi pezón, el cansancio, la ausencia del bien dormir. Ser tu mamá enamora. Enamora tu olor, tu respiración, tu mirada juguetona cuando acaricias mi mejilla y me besas. Enamoran tus ojos llenos de ilusión, tus aprendizajes cotidianos, tu inteligencia y tu curiosidad. Lloro cuando me miras con desprecio y no me escuchas. Sonrío cuando me abrazas y me dices “mamá”. Basta una mirada desaprobatoria tuya para que mi ánimo se desmorone y me sienta culpable. Basta con que te abrases a mi cuello y me digas “te quiero” para que toda amargura se me olvide y me convierta en un instante en la mujer más feliz. Eres tan pequeña, Lucy. Y tan inmensa a la vez.

Ser tu mamá, duele. Duele separarme de ti cada mañana cuando me voy al trabajo. Dolió que abandonaras mi pecho para comer alimento sólido. Dolió, duele y dolerá cada gripe, infec-

ción o virus que te ataque. Ser tu madre es un dolor incomprensible, contradictorio. Duele que un día ya no me necesites y duele pensar que no consigas ser independiente en plenitud. Es un dolor con sabor a desapego. Un dolor agridulce, a veces insostenible, a veces sereno.

Contigo he aprendido maneras de amar que consideraba imposibles. He conocido dolores que no sabía que existían. Duele no tener la capacidad de leerle la mente para, así, reconocer tus necesidades de inmediato. Me aterra no saber cuánto futuro me espera acompañándote. Creas en mí nuevos temores. Antes no me daba miedo morir, ahora sí. Ahora quiero, necesito mucha vida para vivirla a tu lado. Antes me daba miedo la oscuridad, ahora no. Ahora la atravieso sin dudar para acudir a tu llamado. Ser tu madre enamora, pero también duele. ¿Habrá otras madres que sientan lo mismo?

Me doy cuenta de la gran prioridad que te he otorgado cuando miro mis uñas sin manicura y mis ojeras mientras arrullo tu sueño. Cuando observo a tu padre impaciente y hasta celoso porque no reparto de manera equitativa mi tiempo entre ustedes. Eres la fuente primordial de mis preocupaciones y de mis alegrías, de mis temores y de mis fortalezas. Todo al mismo tiempo.

Me entenece tu olor a vida nueva, tu respiración en calma. Me regocija marcar en la pared los centímetros que te alargas cada mes. Espero que, a lo largo de los años, brote en mí la sabiduría precisa para permitirme escucharte con acierto y dejarte ser la maestra que me enseñará a amar sin confines y a la vez con límites. La que me mostrará cómo no poner mi vida en

pausa ni abandonar mis necesidades para atender las tuyas, la que me conduzca a atesorar la paciencia y la fe que antes consideraba vanas.

Me haces muy feliz, mi pequeña Lucy. Eres mi amor chiquito, mi amuleto, la estrella más luminosa que mis ojos miran.

Eres tan pequeña, Lucy. Y tan inmensa a la vez.

¿QUÉ HICE MAL?

*Por severo que sea un padre juzgando a su hijo,
nunca es tan severo como un hijo juzgando a su padre.*

Enrique Jardiel Poncela

“¡Te odio, mamá!”, gritó antes de abandonar la habitación con un azote de puerta.

Cada vez que esto pasaba, la culpa me consumía. Sin embargo, no importaba lo que Alejandro me dijera. Amaba a mi hijo con toda el alma. A pesar de todas sus humillaciones.

Me percibía como la única responsable de sus malas actitudes, de sus decisiones imprecisas, de sus palabras insensibles y de su agresividad. ¿En qué momento comencé a temerle? ¿Cómo se transformó su presencia en mi mayor tormento psicológico? Quien se suponía debería amarme con fervor, me aborrecía. No

había llanto suficiente en mis ojos para lavar la mancha de mi fallo como madre. ¿Cómo habíamos llegado hasta ahí? Jamás pensé que un hijo dolería tanto. ¿Qué hice mal?

Durante una noche de ansiedad incontrolable, elaboré un perfil falso de Facebook y me adherí a grupos relacionados con la crianza, la maternidad, la desintegración familiar, incluso de adicciones y hasta de brujería. No atiné a hacer otra cosa. De manera anónima echaba ojo en esos foros donde todos son expertos. Resguardada en esa vida digital, me enteré de numerosos casos en los que los hijos eran los protagonistas de crueles historias. “Mi hijo me golpeó, después salió de la casa y con un clavo ponchó las llantas de mi auto”. “Mi hija dijo que yo era la culpable de su vida miserable y me abofeteó”. Me enteré de casos extremos en los que, incluso, algunos hijos asesinan a sus padres; sucesos que, por cierto, son oro molido para los noticieros y los guionistas de series televisivas. Contenidos que, azuzados por el morbo social, se viralizan en cuestión de segundos. La violencia filio-parental captura la atención no solo de los medios de comunicación, sino también el interés de psicólogos, sociólogos, terapeutas y de instituciones de apoyo familiar, educativas y religiosas. Me sentí menos sola, menos desesperanzada. Otros padres experimentaban lo mismo que yo: el maltrato de sus vástagos. Me inscribí en una conferencia *online* titulada “Padres obedientes, hijos sin límites”, en la que un especialista explicaba que los hijos que lastiman a sus padres utilizan diferentes tipos de conductas violentas. La violencia económica ocurría cuando las acciones de parte del hijo desequilibraban el ingreso, el ahorro y el patrimonio de los padres, como los robos,

la venta o la destrucción de objetos del hogar, la generación de deudas, el uso indebido de tarjetas bancarias o falsificación de documentos. La violencia física, cuando se presentaba el daño corporal: heridas, empujones, bofetadas, golpes y todo tipo de agresiones con armas, el abandono de alguno de los padres en condición de vejez o enfermedad, o la omisión de ayuda en condiciones vulnerables. Detallaron casos de violencia verbal, no verbal, emocional. Con Alejandro experimentaba casi todas. Solo faltaba la física y que en un ataque de odio me apuñalara o me arrojara en un asilo para luego olvidarse de mí. Mi perfil falso de Facebook se convirtió en una ventana que, desde la comodidad del anonimato, abría de vez en cuando para averiguar por qué mi hijo ya no me amaba.

Amparada en mi insípida rutina, sobrevivía. Desanimada, cada mañana abandonaba la cama, desayunaba, iba a mi negocio y dejaba que el tiempo transcurriera hasta completar la jornada comercial. Después de cerrar la zapatería, regresaba a casa por la tarde. Me preparaba un té de tila y, desde mi sofá, contemplaba sus fotografías. Toda una pared repleta de su vida, que era también la mía. Recordaba su carita redonda y el hermoso aroma que emanaba su cuerpecito cuando lo depositaron por primera vez sobre mi regazo. El día que Alejandro salió de mi vientre ha sido el más significativo de mi existencia. Hijo único, nacido bajo el signo de géminis; quizás por eso me sacudían sin compasión sus dos personalidades. Tenía la habilidad de ser el más tierno de los humanos para luego, en un par de segundos, transformarse en el más cruel. Mi muchacho regresaba a veces temprano a casa; otras hasta la madrugada y si lo cuestionaba,

la agresión comenzaba. Cualquier intercambio de palabras podía transformarse en una bola de ira. Sin darnos cuenta, nos convertimos en un sádico estribillo que, sin descanso, atacaba nuestras mentes. En un disco rayado, en una muletilla desalmada. Él gritaba “¡mamá, te odio!” y yo le gritaba que era un malagradecido y lloraba. Una y otra vez.

Buscaba el origen de mis yerros en su infancia. Porque, aunque mi hijo era quien ofendía y atacaba, yo me sentía la causa de su proceder y, además, lo justificaba. Era más fácil sentir culpa que ejercer mi autoridad, poner límites o conservar mi dignidad. Tenía miedo de perder a mi hijo, de no volver a verlo, y por eso soportaba.

A mi Alejandro lo criamos entre mi madre y yo, porque Fulgencio, su padre, desapareció cuando le anuncié mi embarazo. Apareció diez años más tarde para pedirnos perdón y se insertó en la dinámica de nuestra familia de una manera que me pareció insolente. Mostrando un arrepentimiento falso, se acercó y, sin respeto, se burlaba de mis esfuerzos como madre. “Hijo, ya vine por ti para llevarte al partido de fútbol. Dile a tu madre que trabaje mucho, mientras nosotros nos divertimos”, decía y se carcajeaba. Luego, según él se corregía y agregaba que se trataba “solo de una broma”. Su cinismo me exasperaba. Sin embargo, no pude impedir que mi hijo conociera a su padre, que conviviera con él. Alguna de sus maestras de la escuela me dijo que la orfandad paterna tenía sus riesgos. Por eso acepté la presencia de Fulgencio en nuestras vidas. Él ya se había casado, tenía dos hijos con su mujer. Alejandro comenzó a convivir con ellos de manera esporádica.

En mis foros de Facebook me desahogaba y les compartía que, no comprendía cómo ni cuándo, mi hijo encontró placer en compararme con la esposa de su padre. “Deberías de ir al gimnasio como la señora Aurora, mamá”, expresaba con desdén y menospreciaba mi tristeza al escucharlo. En un lapso que me pareció una inhalación, mi hijo creció, abandonó su cuerpo de niño dócil y cariñoso, para convertirse en el joven arrogante, rebelde y retador que transformó mis intestinos en una bola de angustia. La convivencia se hizo tóxica. Un grito de su parte, una mirada asesina, un comentario insensible. Las charlas durante la cena, antaño largas y nutritivas se acortaron hasta desaparecer. Su silencio y sus miradas bañadas de rencor retaban mi paciencia, me lastimaban. En más de una ocasión perdía los estribos y a punta de gritos le preguntaba qué carajos le pasaba. Sin respeto, me confrontaba. Me decía que estaba loca, que lo tenía hartó, que era una ignorante, que era una vieja controladora.

Siempre perdía las batallas contra mi hijo, me derrotaba. Silenciosa, llorosa y atribulada buscaba la calma lavando los platos sucios. Me refugiaba en mi trabajo, en mis clientes, acomodando zapatos en los aparadores, limpiando las vitrinas. Trabajo simple, pero digno, que me permitió llevar comida a la mesa y construir una casita para no pagar renta. En algún momento llegué a pensarme triunfadora y creí que mi hijo se sentiría orgulloso de mí. Sin embargo, creció y se encargó de recordarme mi limitado perfil, mi modesta e insulsa vida. Atribuí su agresividad a la pubertad, a las hormonas, al cambio en su voz, a la invasión del vello sobre su cuerpo, a las cargas escolares, a los malos amigos. El tiempo pasaba y su mal genio e in-

tolerancia conmigo se acrecentaban. Después, acontecieron los robos. Una noche, saqué de mi buró la caja de madera donde guardaba dinero en efectivo que usaba para alguna emergencia. Estaba vacía. La mente de una madre inventa cosas para no aceptar lo que le duele. “Alejandro, creo que ya me volví loca. No encuentro unos billetes que deposité en la caja. Tal vez los gasté y no me acuerdo”, le comenté y observé su reacción. Esperaba que me dijera que los había tomado, que había olvidado decírmelo, pero evadió el asunto. “Es que sí estás loca, mamá; a veces ni sabes lo que haces”, dijo y encogió los hombros para luego concentrarse en su serie de televisión. Estaba segura de que él los había tomado. Pero no dije nada. “Es mi hijo, lo mío es suyo”, pensé para sacudirme el enojo. Sin embargo, a partir de ese momento comencé a vigilar más de cerca mis pertenencias y sus movimientos. Tal vez mi hijo había adquirido malos hábitos y no le presté la atención debida al asunto. Desde que mi madre murió, solo vivíamos él y yo en esa casa.

Cuando un hijo te grita que no te quiere, que le estorbas, que lo alteras y que ojalá te mueras, te roba, te humilla, te compara y te insulta, un dolor salvaje acuchilla el alma. Vivía confundida, indecisa entre plantarle una bofetada para ponerlo en orden, como lo hicieron conmigo mis padres, o apostarle al diálogo, a la escucha, a la comunicación. Me sentía incapacitada para educarlo, obsoleta, paralizada. La opción de comunicarnos se hizo cada vez más remota porque mi hijo, además de grosero, se volvió mudo, sordo, me ignoraba, no lograba sostener una conversación con él más allá del plano informativo. Vivía con los audífonos puestos y su mirada sobre su celular.

Me sentía derrotada. Habitaba un espacio emocional enfermo, una dimensión en la que mi pensamiento suicida convivía con la angustia, la impotencia, la frustración, la depresión y la culpa. Mi salud mental peligraba. La pregunta que me hacía a diario era la misma: “¿Qué hice mal?”.

Desde mi cuenta anónima, leía las pesadillas de otros padres que, como yo, no sabían qué hacer con el odio y las agresiones de sus hijos. Me gustaba cuando en las publicaciones participaban psicólogos, psiquiatras o expertos en el tema. Ahí aprendí que, sin importar la edad del hijo, el sentimiento que otros padres experimentaban era el mismo que el mío: la culpa. La reproducción de patrones, la ausencia de límites, la pérdida de autocontrol y los contextos familiares tóxicos eran las explicaciones que los especialistas ofrecían para nuestros casos.

Una tarde, desesperada, abordé a mi hijo y le pedí que juntos visitáramos a una psicóloga. Le dije que sabía que era él quien vaciaba a menudo mi caja de ahorro, que mi secadora de cabello no se había perdido, que él la había hurtado y vendido a una vecina. Que mi pulsera de oro yo no la había extraviado en el trabajo, que la había rescatado del empeño a donde él la había llevado. Que su padre me dijo que también en su casa desaparecieron cosas, videojuegos, joyas, ropa. Aceptar que mi hijo robaba, que era grosero, altanero, mentiroso y, tal vez adicto, fue el primer paso para reajustar las velas de mi barco a la deriva. Alejandro gritó, negó todo, lloró, me empujó y luego tomó una mochila en la que metió pertenencias mínimas y se fue de la casa. Mi intento por resolver la situación falló. En lugar de acompañarme al psicólogo, me abandonó. Se fue a vivir a la casa

de un amigo, luego a la de otro, y así peregrinó hasta acomodarse en un departamento con dos compañeros de la gasolinera donde consiguió un trabajo.

Desde hace cuatro años, mi hijo no me visita. Visita a su padre, a otros parientes, pero a mí no. Hace una semana cumplió veintitrés años. Yo lo busco en su trabajo, le dejo lonche, jugos, ropa, postales con mensajes cariñosos; le mando a diario los buenos días y las buenas noches por WhatsApp, mensajes que ignora y jamás responde. Cuando lo visito en su trabajo, me mira de lado, nunca de frente. Frunce los labios, no agradece. “Déjalo ahí”, dice, y con el dedo señala una silla donde resguarda su mochila mientras despacha combustible. Cuando le digo que regrese a la casa responde que no. Su mirada me recuerda que me odia; su respiración, que no me soporta. Han pasado los años y la misma pregunta habita mi mente: “¿Qué hice mal?”.

Anoche, publiqué en el foro de Facebook: “Mi hijo comenzó a odiarme de súbito. Sin darme cuenta, un día dejó de decirme *mamá, te amo*; cambió sus abrazos por filosas palabras que arrojó directo a mi corazón de madre. Tal vez esto sucedió porque he sido una madre trabajadora que no estuvo con él la jornada entera, o porque su padre no quiso quedarse a nuestro lado y me culpa por ello. Quizás es así porque creció y me comparó con otras madres más guapas, preparadas, bien vestidas y se dio cuenta de que la suya lo avergonzaba. No sé cuál sea la razón de su gran rencor, pero sí estoy segura de que algo hice mal, porque la maldita culpa no me abandona. Sobrevivo gracias a mis memorias. A esos lindos recuerdos en los que encuentro

consuelo y esperanza. En aquellos días lejanos en los que mi hijo me amaba y era un niño alegre, cariñoso, que me ofrecía su mano al cruzar la calle y buscaba mi cobijo al sentir temor. Nunca dejaré de amarlo, tampoco de esperar su cariño. Mis brazos siempre estarán atentos para rodearlo con todo mi amor, aquí estaré pendiente, por si me busca y decide volver a querme”.

CONTENIDO

Prólogo	9
Preámbulo	17
1 ¿Qué hice mal?	23
2 Extraños	33
3 El secreto	41
4 La trampa	51
5 En tu mirada	61
6 Sin espíritu	71
7 Sin dignidad	77
8 Si hubiera	89
9 Le dije que no	97
10 Repudio	101
11 Vergüenza	106
12 Sin piedad	121
13 Impotencia	135
14 Un espacio propio	143
15 Congelado	153

16 Mi hija es una *influencer* 159

17 Adolescencia 171

18 Mentiras179

19 Diverso187

20 Aislado 191